

habla poco, y tan poco que llegamos á Auburn nueve pasajeros sin dirigirnos siquiera una palabra.

Auburn, ciudad tan chinesca como americana, española y francesa nos ofreció una gran mesa; pero un desayuno de yanke es muy poco apetitoso para que yo haga una nueva descripción.

Auburn me pareció encerrar al menos mil doscientos ó quinientos habitantes. En sus alrededores hay ricos *placers* de significativos nombres, como *Goldhill*, la montaña de oro, ó bien *Ophir*, cuyos tesoros superan sin duda á los del *Ophir* de los antiguos fenicios. En octubre de 1859, Auburn fue completamente devorado por un incendio, siniestros que no son raros, á causa de los fuertes calores del verano. Pero los alentados yankees derriban sus habitaciones sobre las humeantes cenizas y el siguiente día en medio del fuego apenas apagado, vienen los arquitectos á trazar sus planos y los albañiles á edificar. Es un espectáculo que he podido presenciar en *Culterville* que se incendió como Auburn en octubre de 1859. Desde entonces no tuve dificultad en comprender, cómo en los primeros tiempos de la California, San Francisco, Sacramento, Stockton, Marysville, Nevada y tantas otras ciudades se levantaron de sus propias ruinas, muchas veces reapareciendo mas bellas el día siguiente á los siniestros.

A la una de la tarde volvimos á tomar la diligencia en Auburn y continuamos todo el día nuestro camino fatigados de polvo y de calor. Los caminos de la California se recorren muy rápidamente, y abiertos en todas direcciones y practicados por toda clase de carruajes están siempre muy animados; pero ningún caminero los repara y la grava es aquí desconocida todavía. Imaginaos la gran cantidad de polvo que los caminos presentarán despues de seis meses de sequía. En invierno al contrario, lluvias torrenciales que suelen durar muchos días, amasan el polvo formando barrizales en que se atascan las ruedas hasta el cubo. Pero todo ha de tener su lado bueno y su lado malo. Si se hubieran cuidado mucho los caminos en California, no se habrían abierto tantos, y acaso ninguno si hubiera intervenido el Estado. En fin, todo no se puede tener á la vez: el mas bello clima del mundo, una tierra de fecundidad prodigiosa, oro á manos llenas y caminos como calles. Los americanos por lo demás, no se quejan de esto, y como están en su casa, tienen el derecho de tratarse como mejor les parece.

Nuestro antomedon, gran bebedor como buen conductor, se detenía en el puesto de bebidas de todas las paradas. Para nosotros los complacientes maestros de postas habían tomado la precaucion de disponer al lado de sus contadores una vasija donde abundaba el agua. Un pedazo de jabon, una especie de bacía de

hoja lata, que recordaba el yelmo de Mambrino y una toalla comun no muy limpia bastaban y aun sobaban para el servicio de los yankees.

En uno de los puestos en que paramos el dueño del establecimiento, que era un excelente hombre, tenía la costumbre de fiar á sus numerosos parroquianos. Postillones, carreteros, mineros, todos tenían su vaso de aguardiente en el mostrador, con solo decir: Pagaremos á la vuelta. El total de los créditos acabó por subir á una enorme suma y el acreedor no podia fácilmente perseguir á sus deudores diseminados por todas partes. Y ¿qué hizo? Imaginó un medio que le dió el mejor resultado: Fijó en un poste y letras de un pie de grandes los nombres de todos los morosos con las sumas que le debían, encabezando la lista con esta breve pero enérgica amonestacion: «*Be á mar: Sed hombres, si quereis que borre vuestros nombres.*» Este poste se alzaba muchos metros en la cabeza de un puente inmediato al despacho, atrayendo así la atención de los pasajeros. El nombre de los deudores de este modo notado de infamia y en un país donde la opinion pública es la reina, el castigo no tardó en producir sus efectos. Una gran parte de aquella lista estaba ya borrada y solo pude leer á la ligera tres ó cuatro nombres, porque nuestro postillon que conocia sin duda á algunos de ellos, puso los caballos al trote al llegar al puente. J. Freeman estaba inscrito por cuatro dollars, W. Hall por tres, F. Wheeler por cinco, el irlandés Mac Lane por tres y medio. El dollar vale cinco francos, y treinta ó cuarenta créditos de este género forman una suma no despreciable aun en el país del oro.

Por la tarde llegamos á Grass Valley y los alrededores de esta ciudad de mineros se anunciaron como los de todos los centros mineros de California: por todas partes escavaciones, zanjas, montones de tierra removida. En todos los barrancos, en todos los riachuelos, en todas partes donde habia la mas leve capa de arena ó casquijo, el pico ó la pala del minero habían revuelto el terreno. Hubiérase dicho que algun furioso torrente habia paseado por estos parajes la devastacion y la ruina.

En Grass Valley me alojé en el hotel de París, propiedad de un americano. En mi ardor de estudiar siempre las costumbres de los Estados-Unidos, preferí esta fonda á la de un francés; y tuve que arrepentirme, porque literalmente me desollaron en el hotel de París. Aunque casi nunca comí en él, no por eso dejé de pagar dos dollars y medio diariamente como un americano que hizo en él todas sus comidas. Cada vez que me embetunaban las botas tenía que dar un franco y veinte y cinco céntimos. Este era el precio de los primeros tiempos, pero en la época en que visité á la California, el precio habia bajado á la mitad en las principales ciudades: parece que en Gras Va-

lley se habian conservado las antiguas tarifas con gran contentamiento de los embetunadores.

Grass Valley es no solo la ciudad minera por excelencia si que tambien una poblacion encantadora por mas de un título. En una de sus bellas quintas pasó Lola Montes una parte de su tiempo en California. Y ¿qué país del mundo no visitó aquella ilustre aventurera muerta recientemente pobre en Nueva York?

El día siguiente de mi llegada á Grass Valley, bajé á la calle muy temprano y me informé del lugar del meeting minero. «¿El meeting? me dijeron. El coronel R. que lo ha organizado, está enfermo y el acto no tendrá efecto.» Parece que el coronel, inventor de una máquina de amalgamar oro, habia tenido la idea de provocar una reunion de mineros para explicarles su aparato. Pero el coronel hizo fiasco, como se diria en Italia: el minero de California, hombre de práctica, ante todo, y no de ciencia pura, se ocupa poco en discusiones teóricas. Si vá al meeting es para tratar de política, no de minas, ó en caso contrario, es menester que el oficio y no la ciencia sea el punto de discusion. En todos los condados el Estado reconoce, en efecto, en las corporaciones mineras, el derecho de hacer reglamentos que tienen fuerza de ley, y estos reglamentos se dictan en los meetings donde se reunen todos los mineros.

Aplazado el meeting á las calendas griegas, por la indisposicion del coronel R., aproveché esta ocasion para ir á las cercanías de Grass Valley. Fuí en efecto, á visitar un molino de amalgamacion y una mina de cuarzo dirigida por dos compatriotas, MM. Ch. hermanos, los cuales me ofrecieron la mas cordial hospitalidad. Uno de ellos me acompañó al molino, cuya instalacion admiré muy justamente; el otro me condujo á la mina que estaba en perfecto estado de explotacion.

En la meseta de Grass Valley es donde están las famosas minas de Gold-hill, Lafayette, Massachusetts, cuyos claims se disputaron con las armas en los buenos tiempos de 1849, los americanos y los aventureros.

En sus inmediaciones se halla la célebre vena de *Allison Ranch*, la mas rica de toda la California, y cuyo nombre ha venido á ser casi proverbial. Su cuarzo está tan impregnado de oro, que contiene mas de un franco por kilogramo de mineral. Los tres propietarios de esta mina, irlandeses que la descubrieron en 1851, no comenzaron á explotarla hasta 1855, porque se creia al principio que el rendimiento de las minas de cuarzo no indemnizaba los gastos de explotacion. Estos tres afortunados irlandeses, que habian venido pobres de su país, son actualmente millonarios y aun se ven aumentarse cada año sus fabulosos beneficios. No saben qué hacer de su oro: cada cual ha edificado su elegante quinta, donde como buenos ca-

tólicos, han construido oratorios para dar gracias á Dios por su fortuna. Pagan á sus operarios generosamente, y para distraerse á su vez van todos los lunes á San Francisco á llevar la torta de oro, producto de la recoleccion de la semana.

En Grass Valley, permanecí muchos días recorriendo las diferentes minas, los molinos de amalgamar y los *placers*. Todos los sistemas empleados en el trabajo del oro pasaron sucesivamente por delante de mí: toda la California mineral estaba á mi vista. A lo largo de un riachuelo en que los molinos de cuarzo derraman sus residuos, encontré dos franceses que lavaban tierras en el *Sluice* y que me aseguraron que despues de cuatro años de explotacion la riqueza de las arenas era la misma. Estas arenas arrojadas por los molinos despues de pasar por los aparatos, eran los que repasaban los mineros sobre todo en el *Sluice*, simple canal recorrido por un chorro de agua con un poco de mercurio en el fondo, por medio del cual se sacaba mas partido que con los mecanismos mas complicados.

La meseta de Grass Valley donde tantas minas y molinos se ven hoy día reunidos, ha estado en otro tiempo cubierta de cedros y pinos gigantes. Todos estos árboles han desaparecido poco á poco, con el enorme consumo que hacen los mineros para todas sus construcciones y para calentar sus calderas de vapor. Ninguna ley, ningun reglamento limitan en California la libre explotacion de los bosques. Cada cual corta el tronco que mas le conviene y el hacha del leñador ni respeta nada, ni reposa jamás. Al mismo tiempo nadie piensa en economizar ni menos en renovar los árboles. De aquí resulta una despoblacion general, que ha modificado ya el clima de California. El paisaje ha cambiado tambien y la meseta de Grass Valley antes tan sombría, no muestra ya mas que una pelada prominencia. Por aquí y por allá se ven algunos troncos á flor de tierra, como llorando sus copas abatidas. Esta vista no es nada pintoresca, y la vista reposa con gusto en los lejanos flancos de la sierra que limitan el horizonte. Hasta el día el hacha del leñador ha respetado sus bosques de negros pinabets, sin duda por la distancia.

Estas observaciones parecerán, cuando menos, superfluas y ridículas en los americanos y sobre todo á los californios que lean este viaje; pero, en fin, permitido es mostrar algun pesar ante esa oleada de ideas materiales que nos rodea. El industrialismo seca nuestros corazones y á pretexto de progreso se destruyen nuestros campos. MM. Ch., convertidos en californios, no participan de mis ideas; pero me demostraban tanta cordialidad, que no empeñamos ninguna discusion. Por la noche nos reuníamos alrededor de una mesa, á donde venia tambien á sentarse un compatriota, Mr. D., viajero como yo. El vino era bueno,

el pan blanco, la carne de la mejor calidad y hacíamos comidas homéricas, teniendo por mantel un hule y por servilletas nuestros pañuelos. MM. Ch. habían adoptado completamente las costumbres americanas, y así que nuestras habitaciones no brillaban tampoco por un lujo exagerado: por la mañana teníamos por gabinete de *toilette* la delantera de la casa bajo la celeste bóveda del cielo. Pero los cigarros eran aromáticos habanos, puros de superior calidad, las hamacas traídas del Panamá eran muy cómodas, el cielo despejado, la compañía llena de alegría: esto era bastante para dejarme un buen recuerdo de mi paso por Grass Valley.



Túnel en las minas de cuarzo.

las orillas de la Merced y en Knight Ferry, pero en mayor escala. En Nevada se inventó este método y allí es preciso ir para estudiarlo. Por medio de un chorro de agua violento y de alta presión, que un número proyecta con un tubo como el de las mangas para incendios, se pueden demoler montañas enteras. Las tierras, el casquijo, las mismas rocas ruedan con estrépito y los lavadores deben andar con cautela para no ser sepultados bajo los escombros. Las tierras así desagregadas, se echan en un canal de la misma forma que los sluices, pero de dimensiones mucho más grandes, y que llaman *flume*. De este modo se consigue utilizar con ventaja las tierras más pobres.

Nevada debe á sus numerosos *placers* su importancia y sus progresos. Es una ciudad de 5 ó 6,000 habitantes, tan bien edificada como Grass Valley y donde se encuentran buenos hoteles, grandes almacenes y templos de elegante arquitectura.

Un domingo por la mañana de los primeros días

de octubre dejé á Grass Valley para ir á Marysville. El domingo es un día feriado en California y ni siquiera se viaja en él. Los *stages*, los *steamers* huelgan invariablemente; pero parece que la interdicción no llega á Grass Valley. El wagon que debía conducirme á Marysville, sino que trasformándose en *stage* cuando el camino estuviera menos accidentado, no tuvo ninguna dificultad en recibirme y partimos al galope largo de nuestros caballos: los vaivenes que los terribles sacudimientos, que fue preciso sufrir, superan cuanto había sufrido hasta entonces en este género de suplicio. ¿Sería un castigo de la Providencia por no santificar el día? Lo ignoro; pero sé muy bien que hubo momentos en que estuve tentado de abandonar el maldito coche. «¿Hay todavía mucho que andar por este endiablado camino?» pregunté al postillon. Sentado imperturbablemente en el pescante y guiando con mano firme á sus dos bucéfalos, me miró con cierta extrañeza y me con-

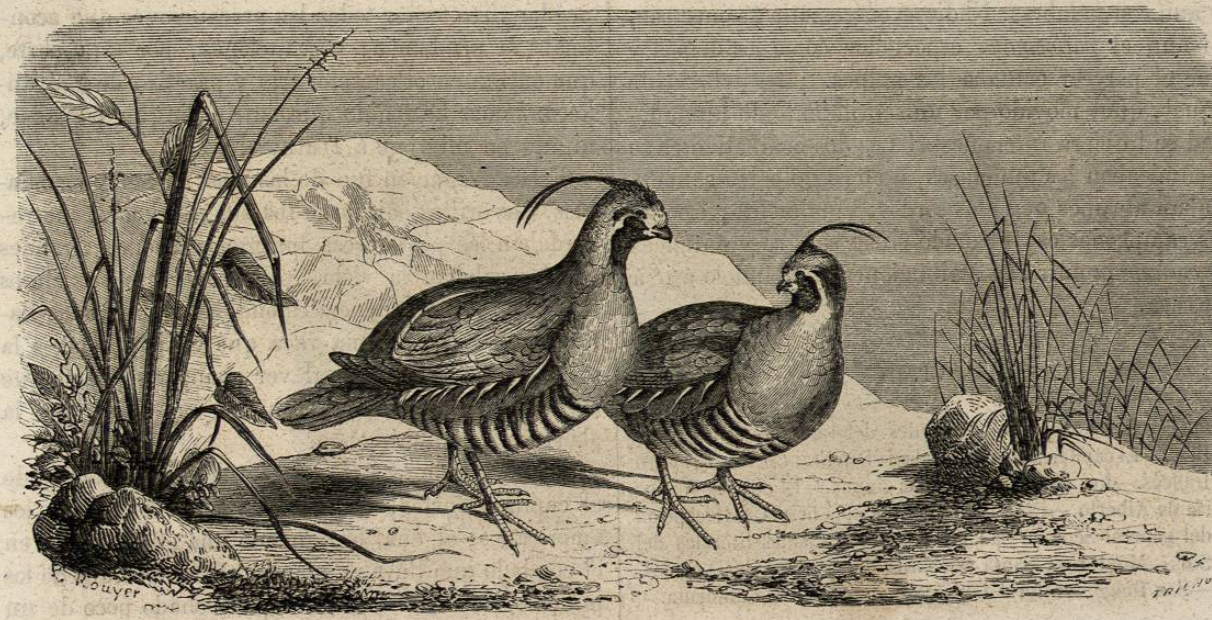
Cerca de Nevada se empleaba en los *placers* el método llamado hidráulico, que yo había visto usar en

testó: «*Bye and bye.*» (Poco á poco se va largo.) El *bye and bye* se hizo esperar mucho tiempo y me creí ya en el caso de traspasar mi equipaje á un carro caminero, alquilar una mula ó un caballo y hacer así la jornada hasta Marysville. Y estuvo en poco que nos ocurriera una desgracia. El declive del terreno se hizo tan rápido en un punto que el carruaje se inclinó violentamente de un lado.—¡*Never mind!* dijeron tres yanques compañeros míos, saltando del coche. Por fortuna se agarraron al lado opuesto, y pesando, en él pudieron restablecer el equilibrio. Hechos de este género son muy frecuentes en los

caminos de California. El uso del *self-government* habitúa al ciudadano á solo contar consigo mismo y nunca se encuentra embarazado.

Hacia el medio día llegamos á una estación, donde estaba preparada la comida. Delante de la puerta esperaba un verdadero *stage*, una diligencia suspendida. Cuatro caballos unidos pafaban de impaciencia: entonces respiré más libremente comprendiendo que había concluido aquel suplicio.

Después de comer subí en el carruaje, cuyos caballos salieron al galope. El país ofrecía un golpe de vista de los más pintorescos. Atravesamos el Yuba,



Callus de las montañas (callipepla ó lophortyx.)

cuyos *placers* estaban tan activamente explotados como en los primeros tiempos. A cada instante pasábamos bajo líneas de canales que traían el agua á los trabajadores, con frecuencia desde muy lejos. En un sitio, dos líneas iguales, llevaban la misma dirección sin otra diferencia que la del nivel. Los trabajos más gigantescos, puentes colgantes magníficos, grandes acueductos sostenidos en el aire admirablemente, se presentaban á cada paso. Todos estos canales tenían su presa en corrientes de la comarca, y algunos tomaban el agua á 30 leguas de distancia. Estos trabajos hidráulicos son los más sorprendentes de la California y se cuentan hasta 3,000 leguas de desarrollo de canales en el Estado. En ninguna parte como en el condado de Yuba aparecían más grandiosas estas construcciones. Los brazos y el dinero de los mineros lo han hecho todo, y si muchos de ellos han hecho grandes fortunas, al principio sobre todo, bien merecido lo tenían.

Escuso los demás pormenores de mi viaje, por no causar al lector, y voy á conducirlo de una vez á Marysville, á donde llegamos á las seis de la tarde.

La diligencia pasó en la puerta del hotel *Western-huse*, donde me apresuré á pedir una habitación, antes de ir á comer. Después de arreglarme un poco me puse de pechos en el balcón para reposar del cansancio y del calor.

El espectáculo era magnífico. Una llanura verdeante se extendía á mi vista hasta los últimos límites del horizonte: á lo lejos aparecían algunas quintas de pintoresca fachada, formando como el arrabal de una ciudad. El sol caminaba á su ocaso, desapareciendo entre los tres picos que se alzan como tres gigantes en la llanura de Marysville y que llaman los *Buttes*.

Marysville es la ciudad más bella que he visto en California. Situada en la confluencia de los ríos Feather y Yuba, desarrolla graciosamente sus anchas